



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 2.º

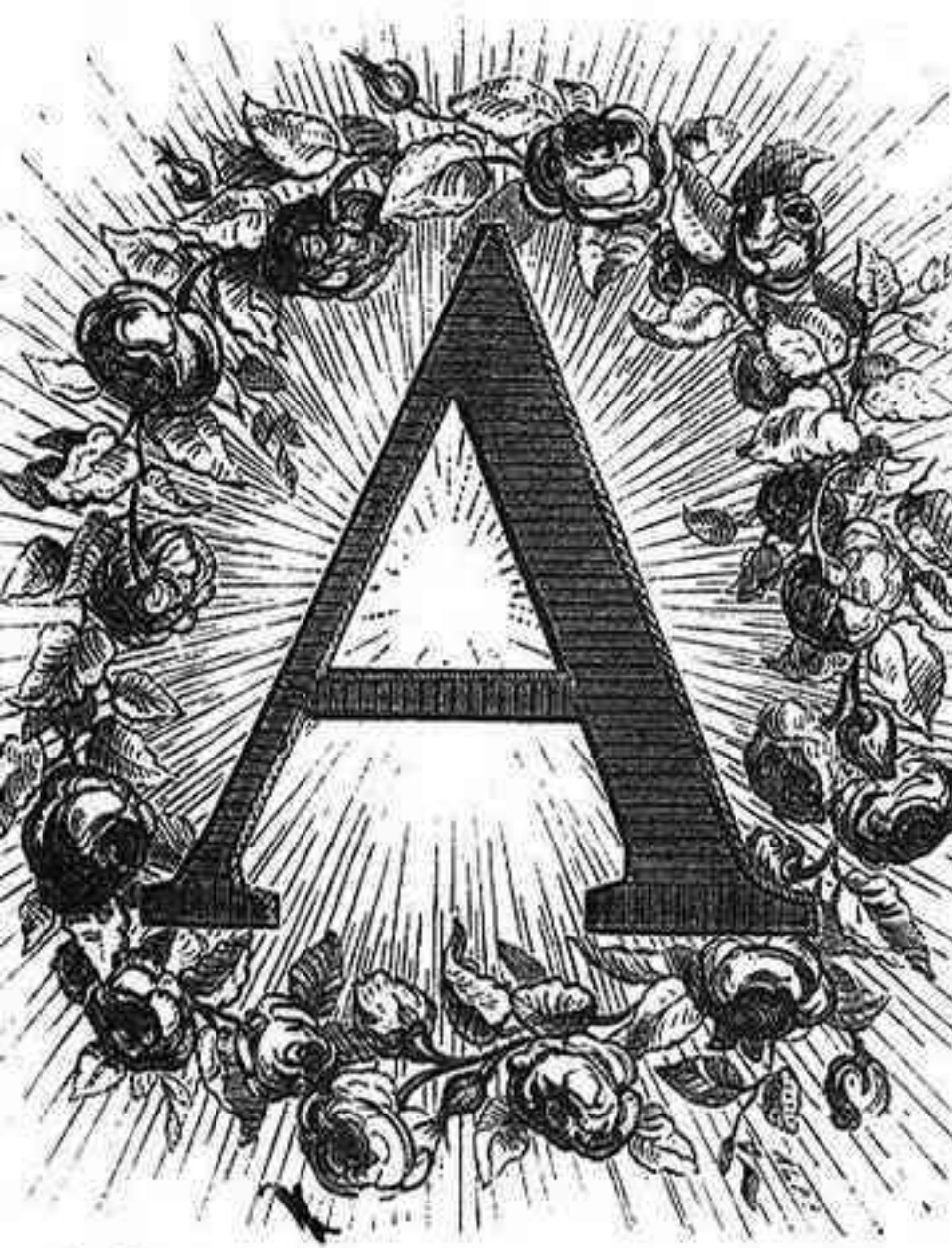
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 8 DE ENERO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Al comenzar el año, nuestras tropas obtenían un nuevo triunfo: el año, pues, ha principiado bajo buenos auspicios, con el movimiento del ejército de Africa en direccion de Tetuan y con una batalla notable en que la victoria quedó como siempre, por nuestros valientes. El 1.º de enero, á las siete

los trabajos del día, debía sostener el ímpetu de los moros que se lanzaban sobre sus fuerzas. Al principio comenzó por hacer retiradas falsas y emboscar fuerzas que cortarían á los moros, plan que produjo su efecto y escarmentó al enemigo, el cual se hizo mas cauto: despues al colocar sus tropas en las posiciones convenientes para proteger las obras, mandó abrir sendas entre una y otra posicion para comunicar con facilidad y prontitud las órdenes; y últimamente en el ataque del 1.º de enero, rebasó la línea que se juzgaba aquel día posible tomar, y hallando á vanguardia ocupada por los moros una posicion mas conveniente para establecer su campo, se lanzó á ella, la tomó, la atrincheró y avisó de su triunfo al general en jefe que aprobó satisfecho sus disposiciones.

Distinguiéronse tambien en el ataque del 1.º, que segun se deduce del parte recibido, duró doce horas y fue muy empeñado por la tenaz resistencia que el enemigo opuso, los generales Zabala, Quesada y Turon: el primero hubo de retirarse á Ceuta por haberse baldado de un lado, efecto sin duda de la humedad y el viento, mas ya hay noticias de su restablecimiento y de su vuelta al campo. De los jefes, oficiales y soldados de nuestro ejército, no hay que decir sino que son superiores á todo elogio por su valor y disciplina. En Africa y al frente del enemigo, el honor español inflama todos los ánimos y en cada pecho late un corazón de héroe.

El triunfo del día 1.º no se ha conseguido como puede suponerse sin pérdidas sensibles. Hemos tenido siete oficiales muertos y sesenta y ocho heridos; y entre la tropa unos ochenta y siete muertos y cerca de quinientos heridos, muchos de ellos levemente. Esta pérdida indica lo empeñado del combate. Al día siguiente se adoptaron las disposiciones necesarias para fortificar las posiciones conquistadas, y hacer avanzar nuevas fuerzas á fin de proseguir el comenzado movimiento. Hasta el día 4 por la mañana no ocurría novedad en el campo: los moros habian establecido el suyo paralelamente á mas de una legua de distancia bastante quebrantada su primitiva audacia. Continuaban las obras del camino á Tetuan, y segun dicen de Ceuta, los moros despues de otra batalla hácia Cabo Negro, se encerrarán en la plaza en número de cuarenta mil hombres. Dudamos que cometan tamaña falta, no obstante su ignorancia del arte de la guerra; pero celebraríamos que la cometiesen porque aquí se verifícaría completamente aquel refran de, *á mas moros mas ganancia*. Cuarenta mil moros encerrados en Tetuan sirviendo de blanco á nuestra artillería de batir, en po-

cos días se verian obligados á rendirse por hambre, por falta de municiones y por el destrozo de nuestros proyectiles.

Segun los periódicos de Gibraltar, ha sido apresado un buque inglés cargado de bayonetas y víveres con destino á Marruecos y que habia traspasado la línea de bloqueo. Por nuestra parte sabemos que bajo los cañones de Gibraltar se abrigan algunos otros buques que traen un cargamento análogo con el mismo destino. El periódico oficial de la plaza el *Gibraltar Chronicle* en uno de sus últimos números, les aconseja que vayan á Mogador, donde se puede entrar libremente. Por desgracia esto es verdad; no hemos bloqueado á Mogador, y es preciso apresurarse á remediar esta falta. Para eso aconsejariamos al gobierno que si no bastan los buques de guerra y entre tanto que llegan los que se han mandado venir de las Antillas, aceptase los ofrecimientos que se le han hecho por la marina mercante y armase algunos de sus buques.

Por lo que acabamos de decir, se comprenderá que el gobierno y autoridades inglesas siguen mostrándonos su simpatía. El *Spectator* de Lóndres decia el otro día: «Las noticias de Marruecos son satisfactorias, es decir, los españoles no adelantan un paso.» Con estas paparuchas, con las versiones que da el *Gibraltar Chronicle*, con las cartas de un corresponsal del *Times* en París que recibe comunicaciones de un *Spanish gentleman* y con las comunicaciones que recibe el *Journal des Debats* de algun otro *gentil-homme espagnol*, se entretiene á los crédulos mientras llega la hora del desengaño.

Los asuntos de Europa han entrado en una nueva faz á consecuencia de la publicacion de un folleto titulado el *Papa y el Congreso*. Este folleto impreso en París bajo el nombre de Mr. de la Guernoniere se cree inspirado por Luis Napoleon, y como en él se propone que la soberanía temporal del papa se reduzca pura y simplemente á la ciudad de Roma y sus arrabales, la sensacion que ha producido en Francia, en Roma y en Viena ha sido inmensa. En favor y en contra se está escribiendo á todo escribir: la reunion del congreso se ha suspendido por ahora; las notas diplomáticas se cruzan, y creemos que esto durará hasta que se prepare y presente otro cuadro de combinacion y sorpresa. Cual será este, solo lo saben los directores del espectáculo.

Ha muerto en Nueva York un historiador que casi podríamos llamar español: hablamos de Washington Irving, embajador en España en 1840 y autor distinguido de los *Viajes de Colon*. Tambien ha muerto en Lón-

dres el ilustre autor de la *Historia de Inglaterra desde Jacobo II*, Mr. Macaulay. Tenia cincuenta y nueve años de edad, y ha dejado por concluir su obra que tanta reputacion le ha dado. El señor Escosura, nuestro apreciable compatriota, sigue publicandola cada vez con mas aceptacion su *Historia Constitucional* de aquel país, de la cual se ha repartido el cuaderno 13 del tomo II.

El *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, sigue publicándose con creciente favor. Su autor, el señor Alarcon, salió herido en la accion del 30: sin embargo, tenemos la satisfaccion de anunciar que su herida es leve, y que la obra no sufrirá retraso alguno.

Una novedad teatral tan pronto nacida como muerta á mano airata, hemos tenido esta semana. Hablamos del melodrama en siete cuadros titulado *Candelas*, obra de un escritor que ha querido ocultar su nombre. Candelas, el protagonista de esta obra, fue un ladrón famoso de cuyas hazañas están llenas las crónicas del latrocinio. No se dice que sus manos se mancharan nunca con sangre, pero en esto de dar petardos y golpes atrevidos ó ingeniosos, no habia en el gremio quien le igualara: sus ojos eran candiles y sus manos garabatos. Es claro que un melodrama en que figurase Candelas como principal personaje

con su acompañamiento del Zurdillo,
el Tiñoso, Braguillas y Pateta

habia de estar lleno de lances de robo aunque no fuera mas que por sostener el color local. No hay, pues, nadie seguro en el drama. Sin embargo, debemos decir que la conclusion es moral, y que formando contraste con su héroe, ha puesto el autor un hombre trabajador y honrado que recibe al fin la recompensa de su conducta, mientras el otro sufre el castigo.

Después de representada esta pieza en el teatro de la plazuela de la Celeda por espacio de tres ó cuatro noches, la autoridad ha suspendido sus exhibiciones, con grave perjuicio de los intereses de la empresa.

En un periódico de Zaragoza hemos leído el anuncio de que dentro de pocos días se presentará en aquel teatro la *triple señorita Murillo*, cuya cesion por la empresa de Jovellanos está próxima á realizarse. ¡Feliz empresa de Zaragoza á quien se hacen cesiones de ese género sin subasta!

En el Príncipe parece que se va á dar un concierto vocal é instrumental á beneficio de los heridos de Africa. La orquesta del teatro de Oriente asistirá.

La Ristori sigue entusiasmando al público.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

(CONCLUSION.)

XII.

¡Muros derruidos de mi ciudad de Granada; melancólico Albaicín que conservas aun tus mezquitas moras convertidas en templos cristianos; abandonados palacios de la Horra y del Gullo de Viento; Alcazaba Kadima, que debes á los vientos y á las lluvias de trescientos años, tu musgo verdinegro y tus cortinajes de hiedra; asombrosos jardines que concertais con el murmurio de las hojas de vuestros arboles agitadas por las auras, el murmurio de las aguas de vuestras fuentes de alabastro labradas por el moro; barrios del Zenete, de Aynadamar, del Hageriz y de la Antequeruela; irregulares plazas, torcidas callejas, almarestanes (1) y aljamas; sombrías riberas del Darro, risueñas orillas del Genil, y tu alcázar de delicias, joya de filigrana de oro y colores, Alhambra encantada, maravilloso alcázar creado por la voluptuosidad musulmana; y vosotras torres Bermeas, murallas, torres y castillos, volved á ser por un momento, lo que fuisteis el día en que vuestro recinto torreado abrió sus puertas de hierro á los campeones de la cruz; recoged vuestros escombros; poblaos de los seres que vivieron en vuestro recinto; arrancadlos de sus tumbas; dejadme que copie, mirándolo con los ojos del alma, el cuadro fantástico, compuesto por la desventura de vuestros señores en aquel día memorable; dejadme que contemple toda la desolacion, todas las tristezas, todas las lágrimas, todas las amarguras de vuestros moros vencidos!

¡Ah! ¡yo cierro los ojos! ¡yo veo en un sueño terrible á Granada despertando para la afrenta y para el vencimiento!

¡Yo la veo apurando sola toda la hiel contenida en la copa de espiciacion de las razas vencedoras de España en Gualate, por siete siglos de dominio sobre la noble tierra de España: por siete siglos de mataza, de sangre y de lágrimas!

Llegan hasta mí los gemidos de los cautivos cristianos que se apilan, que se revuelven, que lloran en fétida mazmorra: veo el rubor, siento la desesperacion y la agonía de la hermosa doncella castellana, que entre las grandezas, entre las maravillas de los perfumados retretes del harem, siente los pasos del impuro señor que se

(1) Hospitales.

acerca: veo el resplandor del incendio de una y otra villa, y uno y otro campo de batalla cubierto de cadáveres insepultos, cuyos despojos se disputan los buitres y los lobos; y no te compadezco Granada, porque estaba escrito que tú fueses la victima espiatoria de tantas desventuras, de tantas afrentas, de tantas lágrimas, de tanta sangre.

¡Levantaos de la tumba, yo os evoco, Boabdil el Desdichado, Muza el valiente, Aixa la altiva, Zoraya la renegada, Morayma la infeliz, Reduan, Ali Albar, Tarfe, Venegas y Abencerrages, Zegríes y Gomeles: vosotros todos, rey y sultanas, y emires, y alcaides, y xeques, y caballeros; vosotras tribus descendientes de los árabes, y de los almohades y de los almorabides; los que buscasteis vuestro último baluarte en los rojizos muros de Granada, alzaos y venid en torno mio!

¡Mirad!

La cruz se eleva en lo mas alto de Granada: en la Alhambra.

Mirad: vuestras mazmorras están vacías, vuestros harenes desiertos.

Mirad aquella otra ciudad que también fue mora: es Toledo.

Mirad aquel templo cristiano.

¿Qué veis pendiente de sus muros góticos?

Cadenas y mas cadenas; grillos y argollas.

Son las prisiones, las ligaduras, de los cautivos de Granada, clavadas como un voto de gracias al Altísimo en los muros de un templo erigido por los poderosos reyes Católicos vuestros vencedores.

Esa cruz que descuelga sobre vuestra soberbia kasbí, esas cadenas clavadas en los muros de San Juan de los Reyes de Toledo, son el símbolo de vuestro vencimiento, son el glorioso testimonio de vuestra completa espulsion de España.

Y mirad, mas allá de la Vega, mas allá de la sierra, mas allá de las Alpujarras, al otro lado del mar.

Un ejército español acampa sobre el Africa: ante él han caído multitud de vuestros descendientes.

Ese ejército va por las llaves de Granada, de Córdoba y de Sevilla, que guardan aun vuestros nietos, esperando volver á abrir con ellas las puertas de aquellas ciudades perdidas para ellos.

Ese ejército, en nombre de Dios y de la patria, va á cumplir la última voluntad de Isabel la Católica.

XIII.

El pasado aparece ante mí.

Y veo á Granada como fue en el día 2 de enero de 1492.

Desde muy temprano, desde antes del amanecer, se nota un movimiento desusado en la ciudad.

El intenso frio de la mañana ha creado una niebla blanca y espesa, al través de la cual se ven deslizarse sombras envueltas en blancos albornoces.

Estas sombras adelantan en grandes grupos.

En medio de estos grupos se ven acémilas cargadas, sillas de mano cerradas, conducidas por esclavos.

En las acémilas van oro, alhajas y ropas.

En las sillas de mano, en las literas, en jeres.

Son familias ricas granadinas que abandonan la ciudad con sus hermosuras y sus tesoros, temerosas de la colicía y de los excesos de los vencedores.

Entre estas familias ricas, se desliza alguna pobre, que conduce á sus mujeres envueltas completamente en sus haikes, sobre las jamugas de sus asnos, que corren mas de lo que quisieran, castigados por sus dueños.

Parece que á aquellos desdichados á quienes el miedo ó la altivez destierra, les tarda el verse al amparo de las ásperas breñas de las Alpujarras, y se apresuran por llegar á la única puerta que hay abierta en la ciudad: la del Bib-Lachar.

Una vez fuera de ella tomarán el camino de Dar-al-Huet, y á las pocas horas se encontrarán en las escabrosidades de la sierra.

No se ve un solo semblante.

Todos, como para evitar que se vean su tristeza y sus lágrimas, llavan caídos los capuces de los albornoces.

Alguna vez, caminando lentamente, se ve un largo convoy de acémilas, cuyas voluminosas cargas van cubiertas por ricos paños: magníficos caballos encubiertos hasta lo alto, dejando ver riquísimos muebles: delante y detrás de este convoy van algunos ginetes negros armados hasta los dientes, con las lanzas altas y los escudos en el brazo.

Aquel es un convoy real, que conduce parte del magnífico mueblaje de la Alhambra y demás alcázares reales de Granada; acaso parte del tesoro del rey Chico.

Cuando los vencedores entran en Granada, encontrarán la Alhambra y los palacios del rey desamueblados, por orientados, llenos de despojos inútiles, como casas desahuciadas de prisa: las mezquitas sin Koranes encuadrados en seda y oro, sin sus lámparas preciosas: el vencido se lleva sus riquezas movibles; pero no puede llevarse sus maravillosos alcázares; en ellos encontrará el nuevo dueño las maravillas del arte oriental: los claros estanques, los bellos jardines, los misteriosos apertamientos, las magníficas cámaras, las esbeltas galerías, las fuentes cinceladas, las paredes cuajadas de arabescos, de inscripciones, de versos; las cúpulas semejantes á grutas

de hadas: los techos de sándalo, de nácar, de oro y de marfil: los sonoros pavimentos de alabastro; los esmaltados mosaicos, los agimeces calados, como un velo de tul: los vencidos no han podido, no han tenido tiempo de manchar, de borrar, de afear tanta belleza: ni se han atrevido á incendiar aquellos alcázares, aquellas mezquitas: acaso han temido las iras del conquistador: acaso sus manos han arrojado á las aguas de una fuente, la antorcha destructora, prefiriendo que el odiado vencedor goce de tanta hermosura á destruirla por sí mismos.

XIV.

La puerta de Bib-Lachar vomita incesantemente desdichados, que toman el camino de la sierra.

Un fuerte escuadrón desemboca al paso lento de sus caballos.

Entre una y otra fila, van multitud de hermosas literas.

Son las mujeres del harem del rey Boabdil.

Su guardia negra, su guardia alalaria, cierra la marcha.

Es cerca de mediodía y la puerta de Bib-Lachar se cierra ya bien.

Granada está completamente cerrada.

Dentro de poco, la puerta Real se abrirá.

Por ella saldrá la corte, y entre la corte el rey Chico, que irá á buscar al rey don Fernán lo un poco mas allá del sitio donde se unea el Darro y el Genil junto al pequeño santuario de un morabitho (2).

Es el lugar convenido para la entrega de Granada.

Un vigía, colocado en la torre del Homenaje de la alcázar de la Alhambra debe avisar la llegada del ejército cristiano á aquel lugar.

Aunque hay mucha distancia, el reflejo del sol sobre las armas, avisará al vigía.

Pero aun no ha llegado aquel momento.

El ejército cristiano cruza aun la Vega circunvalando la ciudad.

Acá y allá se ven fuertes escuadrones que se detienen y toman posición, como si desconfiando de la fe sarracena, quisiesen estos prepararse para una nueva batalla.

Y sin embargo, la ciudad muda y desierta, no presenta indicio alguno de ella.

Penetremos en la ciudad.

Recorramos sus calles.

Su soledad es espantosa.

Todas las puertas están cerradas.

No se escucha el mas leve rumor.

Llega la hora de la oracion de alabar (3) y ni en un solo alminar se escucha la voz del almuedano, llamando á los fieles á la oracion con el grito de costumbre:

«¡No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta!»

Cualquiera podría creer, al ver aquella soledad, aquel silencio, que la ciudad ha quedado completamente abandonada, que dentro de ella no hay mas que casas vacías.

No: á pesar de los miles de habitantes que han huido de ella para refugiarse en las enriscadas villas de las Alpujarras, centenares de miles de habitantes han quedado en la entonces populosisima Granada: no han tenido valor para abandonar el hogar donde han nacido, y muchos de ellos son demasiado pobres para soportar los gastos de un viaje: están escondidos en lo mas retirado de sus casas, aterrados, llorosos: aquel silencio, aquella soledad, son una señal de luto y miedo.

XV.

Llega al fin un momento después del mediodía, en que aquel silencio se rompe.

La campana de la Alhambra da una tras otra y con sonido grave y lúgubre treinta y tres campanadas.

El vigía de la torre del Homenaje de la alcázar de la Alhambra ha visto relucir bajo el sol, que hace algunas horas ha aparecido, disipando la fria niebla, en un cielo diáfano, las armaduras del ejército cristiano.

Cumpliendo su encargo ha arrojado al espacio la vibracion, en aquellos momentos solemne y terrible, de la campana de guerra de la Kasba.

Y los habitantes de la ciudad, y los de la Vega, y los de la montaña, se estremecen al escuchar el sonido de la campana.

Ha llegado la hora.

Granada va á dejar de ser musulmana.

En la gran cimara del Mexuar (4), donde la corte (esto es: el rey Boabdil, su madre la sultana Aixa la Horra (5), los wacires, los alimes y los caballeros dispuestos á seguir al rey) espera silenciosa la señal que ha de llevarla á la humillacion, al rendimiento: aquel sonido es una señal de dolor: los semblantes palidecen, los ojos se llenan de lágrimas, menos los de la sultana Aixa que destellan un relámpago de cólera, y el desdichado Boabdil, toma de manos de uno de sus servidores, que se la presenta de rodillas, en una bandeja de oro, la corona de Granada, que el triste rey se cinea por última vez con las manos trémulas y frias.

(2) Ermitaño, santón.

(3) De mediodía.

(4) Del consejo: hoy aquella sala se conoce por dos nombres: de Ejubajadores y de Comares; es uno de los mas hermosos salones de la Alhambra, y magnífico por su estension, por su altura y por la magnificencia de su ornamentacion.

(5) La Homena.

T
hum
cab
L
E
pres
mon
ball
cor
ma
de
y el
silen
per
den
tolic
golp
sion
E
sold
mar
E
desc
plaz
L
bura
com
busc
Y
ma
Y
—
allí
Y
—
mue
bia
Y
nes,
clav
talla
mal
Al
Boal
sorti
tam
La
Be
dad,
Se
tillo
A
inm
T
llero
de C
Fe
reye
Lo
nada
Pe
Er
las l
do p
—
dad
conf
nero
Lo
á pes
volvi
madr
gran
pujar
Er
puer
haml
mola
Ca
El
falda
taba
(6)
tado d
conced
Católic
habrá
ios mo
que lo
ros no
maban
no las
sen á
noche
para t
siguien
adopta

Todavía es rey, y aquella corona es una irrisión, una humillación, una amarga burla del destino, ceñida á su cabeza.

XVI.

La corte se pone en movimiento.

En la gran plaza de armas del alcázar, dos valies presentan al rey su inútil corcel de batalla, en el que monta, sirviéndole de estribo la rodilla de uno de sus caballeros: la sultana Aixa ocupa su ostentosa litera, cuyas cortinas de brocado corre por sí misma la sultana, de una manera nerviosa; los demás caballeros cabalgan; las hojas de hierro de la puerta Judiciaria se abren con estruendo, y el rey y la sultana, y su corte, pasan entre la guardia silenciosa, que rinde á Boabdil sus últimos honores, y permanece allí para recibir al conde de Tendilla y al cardenal Mendoza, que con el pendon real de los Reyes Católicos y el pendon de la Fe, resguardados por un buen golpe de arcabuceria castellana, llegarán á tomar posesion de Granada.

Entonces los soldados moros dejarán su lugar á los soldados cristianos, arrojarán sus armas y se dispersarán, marchando á sus casas.

XVII.

Entre tanto el rey traspaşa la puerta de Bib-Leujar, descendiendo por la calle de los Gomeles, y atravesando la plaza Nueva, se aventura en el estrecho Zacatin.

Los añales, las dulzainas, los timbales y las ataburras de su guardia africana, resuenan en altos alaridos, como si en vez de caminar hacia la ignominia, fuesen á buscar la gloria en el combate.

Y al atravesar las calles se abre alguna ventana y asoma algun semblante laerim so ó colérico.

Y ya es una mujer desolada y llorosa que grita:

— ¡Maldito seas rey! ¿para qué se ha quedado tendido allí en la Vega el amor de mi alma?

Ya es un viejo que dice.

— ¡Maldito de Allah vayas, cobarde, y de mala muerte mueras! ¿por qué he perdido mis hijos en batalla, si habia de ver este dia?

Y cada vez que el rey escucha una de estas maldiciones, y tras ellas el violento cerrarse de una ventana, clava los acicates en los flancos de su bridon de batalla, que bufa y se encabrita, como lanzando una nueva maldicion al rey.

Al pasar por Bib-Arrambá, la opresion del alma de Boabdil crece: aquel es el lugar de las cañas y de las sortijas, y de los torneos, y de las fiestas de toros, y es tambien el lugar de los motines.

La puerta Real se abre.

Boabdil, su madre, su corte, están ya fuera de la ciudad, á la que no deben volver.

Se deslizan á lo largo de los muros, dejan atrás el castillo de Bib-Ataubin, atraviesan el puente de Genil...

A un tiro de ballesta, don Fernando el Católico, espera inmóvil como una estatua.

Trás él en escuadron cerrado, se agrupan sus caballeros, sus banderas, sus ginetes, sus peones: el ejército de Castilla.

Fernando V adelanta su caballo, y poco despues los dos reyes, el vencedor y el vencido se encontraron.

Los dos reyes descabalaron á un tiempo, y el de Granada hizo ademán de arrodillarse ante Fernando.

Pero el generoso conquistador no se lo permite.

Entonces Boabdil el Desdichado, le dijo señalándole las llaves de Granada, que uno de sus wacires arrodillado presentaba al rey Católico:

— *Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado: esta ciudad y reino te entregamos, que así lo quiere Allah, y confiamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad.*

Los sollozos sofocaron las palabras del rey vencido, y á pesar de que consolándole Fernando, le instó para que volviese á Granada, montó á caballo, y seguido de su madre y de cincuenta de sus mejores caballeros, tomó á gran prisa y anegado en lágrimas, el camino de las Alpujarras.

Entre tanto el wisir Aben-Comixa entregaba en la puerta de la torre de los Siete Suelos, las llaves de la Alhambra al conde de Tendilla, y poco despues este, tremolaba el pendon real de los Reyes Católicos (6).

XVII.

Caia la tarde.

El alto del Padul, último límite, desde el cual por la falda de Sierra-Nevada, se alcanza a ver á Granada, estaba desierto y frio.

(6) En la época de la conquista de Granada no tenían aún este dictado don Fernando y doña Isabel: cabalmente por esta conquista les concedió este título el papa Alejandro VI: nosotros les llamamos Reyes Católicos porque con esta calificación se les reconoce por excelencia. Se habrá notado tambien que en este escrito estableceremos que en tiempo de los moros, habia una campana en la torre de la Vela, ni mas ni menos que hoy. No faltará quien diga al leer esto: «El autor ignora que los moros no usaban campanas;» es cierto: no las usaban en sus templos; llamaban á la oracion por medio de las voces de sus muecines; pero el que no las usasen para sus actos religiosos, no prueba que no las dedicasen á otros usos; aquella campana, servia, como ahora, durante la noche, para marcar á los labradores de la Vega las horas del riego y para tocar á rebato, para llamar á las armas; los labradores cristianos siguieron las costumbres de los labradores moros, porque tuvieron que adoptar por necesidad su mismo sistema de riego.

El sol se habia puesto.

Pero su último rayo enrojaba aun los distantes muros de Granada y la altísima cumbre de la sierra.

Una ligera neblina se levantaba de los valles, sumidos ya en las primeras sombras.

Dominaba un silencio profundo, únicamente turbado por los leves mugidos del viento entre las quebraduras.

De improviso se dejó oír un rumor sordo y lejano, que fue creciendo, creciendo, hasta dejar percibir claramente la carrera de muchos caballos.

Al fin, por una estrecha quebradura que corta la colina, que entonces se llamaba el alto del Padul, apareció, rompiendo la niebla, un escuadron, en medio del cual venia una litera.

El ginete delantero venia completamente envuelto en un alboroz blanco y calado el capuz de este hasta cubrirle la mitad del rostro.

Solo se veia la estremidad de su barba rubia como el oro.

Este ginete salió de la quebradura, rodeó su caballo y lo lanzó á la parte mas alta de la colina.

Cincuenta ginetes que le seguian, subieron tambien y tambien la litera.

A un mismo tiempo el ginete del alboroz blanco, saltó del caballo, y de la litera salió una dama, envuelta en un háique rojo y negro á listas.

El ginete miró á Granada donde aun brillaba el postrer rayo del sol.

En la torre mas alta de la alcazaba se veia un punto negro casi imperceptible.

Era el pendon real de los Reyes Católicos.

El ginete del alboroz blanco, tembló, estendió los brazos hacia la ciudad, y cayó de rodillas contra el suelo, exclamando con la voz mojada por un torrente de lágrimas:

— ¡Allah akbar! (7).

Y la dama del háique rojo y negro, desenvolviéndose violentamente de él, y mostrando el pálido y convulso semblante de la sultana Aixa la Horra madre de Boabdil, esposa de Muley Hacén, exclamó con la voz convulsa por la cólera y friá por el desprecio:

— ¡Si! llora como una mujer, menguado, ya que como hombre no supiste defender tu corona!

Entonces el hombre se alzó con espanto.

El viento arrojó su capuz.

Era Muley-Abu-Abd-Allah-al-Sagir-al-Zogoibi (8), último rey moro de Granada.

Miró á su madre con terror, arrojó una última mirada de amor, de desesperacion, de agonía á Granada, lanzó un suspiro que arrebató el viento de la noche, cabalgó de un salto en su caballo, se revolvió y se lanzó á la carrera, y se perdió entre las sombras á lo lejos.

Dicen que al partir el corcel dejó señaladas sus heraduras en la roca y aun se muestran por los naturales á los extraños aquellas señales.

Desde aquel dia llamaron los moros á la quebradura del alto del Padul, *Fij-Allah-quakbar* (9) y los cristianos el *Suspiro del Moro*.

1.º de enero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ARQUITECTURA EGIPCIA.

Reconociendo como la India su origen en las escavaciones de las rocas, la arquitectura egipcia, con sus formas colosales y sencillas hasta la monotonía, con sus severas líneas rectas y sus accesorios adornos, se presenta á los ojos del artista, como la representacion gráfica de aquel pueblo, que viviendo todo él para la religion y sus divinizados monarcas, consagraban la existencia de inmensas generaciones á esas dos grandes ideas traducidas por el arte en los palacios de sus reyes, y en los templos de sus dioses.

El individualismo perdido completamente en Egipto entre las tinieblas de una religion que al querer elevar el espíritu, dejaba reducido el individuo á poco menos que un autómatas, se confundia en la idea capital de la creencia, y así vemos que mientras abortaba esas gigantes construcciones para sus dioses y sus reyes, y para sus sepulcros donde debian esperar el juicio de Osiris, apenas tenían modestas habitaciones de madera, en que vivir los asociados.

La raza sacerdotal simbolizada en Hermes, tres veces grande, auxiliar del hacedor de almas, como modelador de los cuerpos, era la única digna de trazar los inmensos recintos donde la divinidad iba á ser adorada, y los egipcios todos debian contribuir con sus esfuerzos materiales ó morales á la importante obra.

La arquitectura egipcia, por lo tanto, producto, no de los artistas, no del génio, sino de fórmulas determinadas, habia de ser estacionaria, y uno mismo el tipo de sus construcciones, repetido incesantemente hasta en sus menores detalles; y sin embargo, en medio de esa inmutabilidad, de esa carencia de inspiracion artistica, es innegable que la realizacion de esas grandes obras, supone adelantos no despreciables en la mecánica y en

(7) Dios es grande!

(8) Rey servidor de Dios, el pequeño ó el chico y el desventuradillo.

(9) Ojo de lágrimas en sentir figurado.

las ciencias exactas. Esas piedras de estraordinario volumen que les servian de sillares, esas líneas siempre rectas y horizontales, sin mas variante que la perpendicular del poste ó la columna, daban á sus edificios con la marcada inclinacion de sus lados ó talud, un carácter de inmutabilidad y de severa grandeza, propia del pueblo que con tales atributos comprendia sus divinidades.

Los materiales empleados para la construccion de los monumentos en Egipto, indican desde luego el deseo de la perpetuidad. Desterrando la madera, empleaban el granito, el asperon, la piedra calcárea, ó el ladrillo. Las canteras graníticas de los alrededores de Siena surtianles con inagotable abundancia de inmensos trozos de piedra, con los cuales formaban sus colosales, sus obeliscos, sus monolitos. Todavía ha llegado hasta nosotros en una de estas canteras, un obelisco empezado á labrar en la misma, pero sin terminar, como elocuente ejemplo de los laboriosos y pesados trabajos que convertidos en máquinas de desvastar, mas que en artistas, empleaban los egipcios para realizar sus colosales obras. De Siena hasta Denderah, se estienden las grandes masas de asperon que empleaban para construir sus edificios, y que llevaban mas con las fuerzas reunidas de muchos, que con el auxilio de las máquinas, hasta las mas remotas comarcas del Egipto: aun se ven en el gran templo de Cuem-Ombos columnas de asperon de mas de seis pies de diámetro, sobre treinta y seis de altura, y los grandes sillares que forman el pafion, tienen de veinte á veinte y cuatro pies de largo, y cuatro y medio de espesor. En el bajo Egipto, los monumentos estaban contruidos con preferencia de la abundante piedra calcárea que encerraban sus canteras, desde la Tebaida hasta Alejandría. El gran laberinto de Menfis, las tumbas de los reyes en la Tebaida, son de esta clase de piedra. Servianse, por último, del ladrillo, no solamente para formar las murallas de las ciudades, sino tambien los muros exteriores de circunvalacion de los palacios y de los templos. En Omibes, la muralla de la ciudad ofrece en algunos puntos trozos de ladrillo crudo, de mas de dos mil pies de estension, por veinte y cuatro de grueso.

La arquitectura de los egipcios, consecuencia de la idea que la dió vida, se distingue como ya hemos indicado por su exajerada simetría, por la homogeneidad de todas sus partes, y aunque de una manera imperfecta ejecutada, por el sistema y riqueza de su decoracion. Siempre se presentan sus miembros cubiertos de esculturas ó de pinturas con vivísimos colores, pero sin que jamás destruyan el efecto de las grandes líneas arquitectónicas. Y ofrecen una circunstancia notable, los bajos relieves ó pinturas egipcias. Segun el lugar que ocupan, sobre todo en los templos, así son de diversa índole los objetos que representan. Así en los pilones ó propilones (1), y los muros de circunvalacion, se encuentran representados hechos memorables que dan á aquellas partes del edificio el carácter de públicos anales; al mismo tiempo que los trabajos de la agricultura, clasificados segun la influencia zodiacal, sirviendo, tanto para conservar los conocimientos adquiridos, como para perpetuar en el gobierno la fuerza moral basada sobre el culto de las divinidades, que segun la creencia religiosa, presidia á estos mismos trabajos.

En los santuarios y en las habitaciones mas ó menos directamente dedicadas al culto, los asuntos de estos adornos pertenecian siempre á la mitología; y el emblema, base de todas sus representaciones artisticas, se repetia de diversos modos, pero siempre sujetos á indeclinables fórmulas. El edificio entero, escribiendo el gran pensamiento político y sacerdotal del Egipto, participaba hasta en sus menores detalles, del mismo carácter simbólico; y así es, que el loto, esa planta que florecia durante la crecencia del Nilo, como animada muestra de la fecundidad de sus aguas, tan preciosa para los egipcios que formaban una especie de pan con sus tubérculos, tan simbólica que se encontraba siempre como signo de fecundidad en las divinidades femeninas, esta planta, decíamos, se encuentra multiplicada al infinito en todos los monumentos, y viene á dar á las columnas con sus principales formas mas consagrado carácter. En las dos clases de estos sostenimientos que los egipcios adoptaron, el primero era cilíndrico y con un pequeño resalto por base, ordenado alguna vez con líneas en zigzag, emblema de las aguas. El fuste de estas columnas se divide en zonas cubiertas de figuras ó geroglíficos. La segunda con igual base lleva adornado el fuste con multitud de líneas verticales, cual si se quisiera imitar multitud de tallos saliendo de un mismo pie y rodeando la columna atados y sujetos á la misma por otros, y surmontados con flores de loto, formando el capitel: algunas columnas de Tebas, ofrecen esta clase de adorno. El capitel de figura de cáliz ó campana invertida, se colocaba indiferentemente en estas dos especies de columnas; y algunas veces era reemplazado por otro, mas estrecho en la parte superior que en la inferior, imitando el cerrado capullo de la flor misma. Otro capitel mucho mas gracioso, aunque

(1) Se da este nombre á dos á manera de torreones que forman la entrada principal de los grandes monumentos egipcios, unidos entre sí por una construccion menos elevada, en la que se abre á la entrada del edificio. Tal es el significado de la palabra pylon empleada por Diodoro de Sicilia al describir el sepulcro de Osimandias.

mas raro, solian usar imitando ramas de palmera cubriendo el tambor. Pero además de estas formas generales, sobre los mismos temas se variaba mucho el adorno, no siendo extraño encontrarlos algunas veces lisos, y otras presentando cuatro caras, en forma de rostro humano, cubiertas todas ellas con una especie de velo que después de abrazar la cabeza, caía en largos pliegues á los lados del cuello. Conocedores los egipcios de ciertos principios de composición no apoyaban inmediatamente sobre estos adornos de las columnas los demás miembros arquitectónicos, sino que para sostener el arquitecivo, hacían salir de en medio de sus capiteles, un pedestal que le sirviera de base.

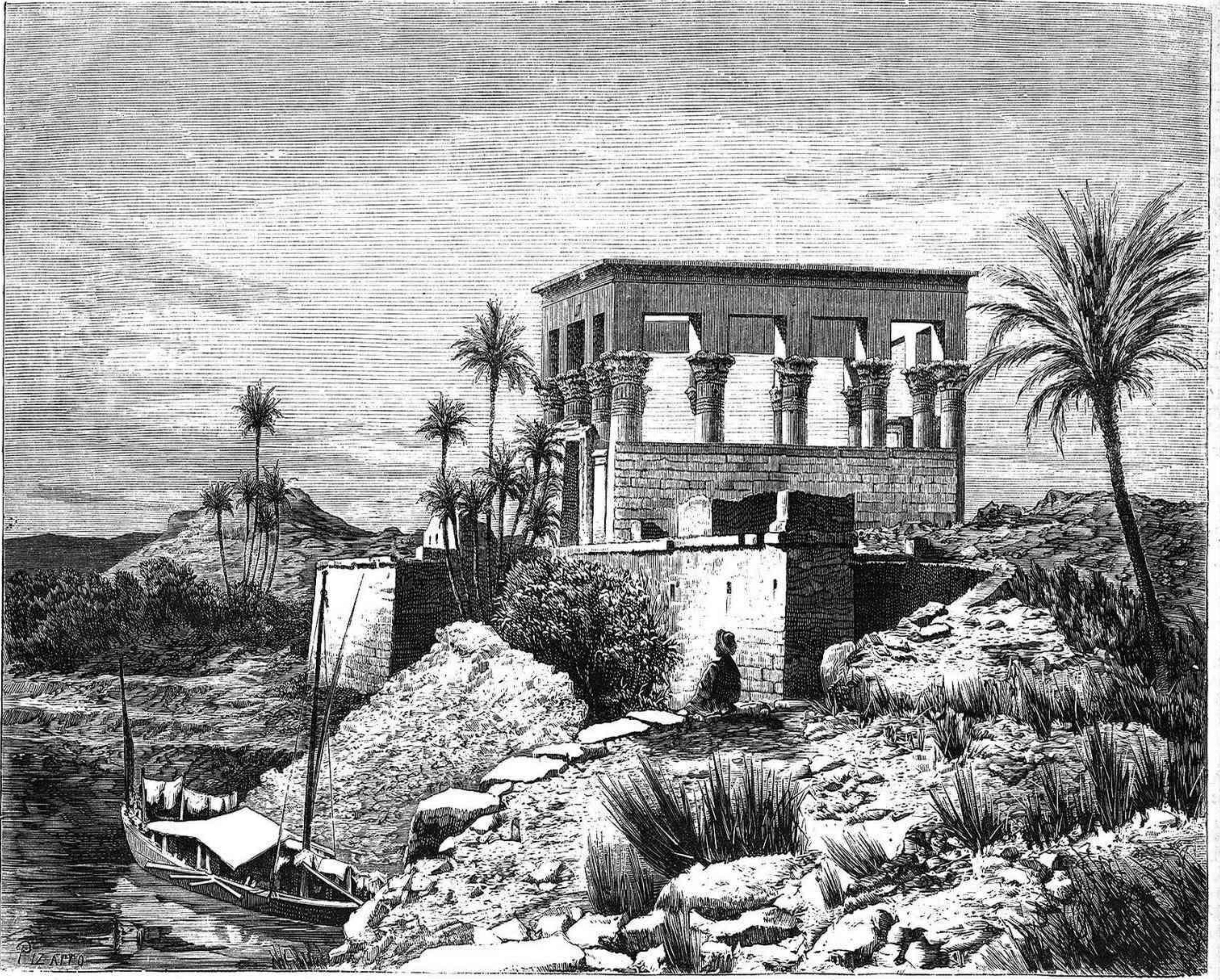
No puede afirmarse la época en la cual los egipcios empezaron á fabricar sus columnas. Los monolitos de las cavernas debieron sugerirles la primera idea, y así es

que siempre se presentan bajas, cilíndricas ó con talud, y algunas veces de planta poligonal; pero siempre cubiertas de pinturas ó trazados, é inscripciones geroglíficas; las estrias que suelen encontrarse en algunas de ellas no son de carácter Faraónico, sino Ptolemáico, y las proporciones que generalmente se observan en las columnas egipcias, son de cinco á siete diámetros por altura comprendiendo el capitel.

Sin embargo de lo que hemos dicho acerca de la inmutabilidad del arte egipcio, pueden señalarse diferentes períodos de desenvolvimiento, si bien no está determinada la época en que cada uno principia y termina; pero los monumentos nos demuestran perfectamente deslindadas esas tres épocas de progresivo adelanto. En la primera, los templos están abiertos completamente en la roca: en la segunda parte están socavados en la mon-

taña, pero precedidos de construcciones aisladas; y en la tercera, se alzan independientes sobre la superficie de la tierra.

El templo de Ipsambul ofrece un ejemplo del primer período, abierto todo él en la roca viva, á golpe de pico; y no por ello, á la verdad, son mezquinas sus proporciones: noventa y seis piés de alto mide su fachada por ciento de ancho, y en su centro se abre una puerta de quince piés de longitud por siete y medio de latitud. Cuatro figuras sentadas de sesenta y tres piés de elevación y treinta de salida en sus bases se adhieren á la gran masa granítica á manera de contrafuertes, y su interior ofrece una gran excavación horizontal de ciento ochenta y nueve piés de longitud, sosteniendo á la gran masa que forma el pabellón una doble hilera de cuatro pilares cada una, que dividen toda su longitud en tres galerías. El templo



TEMPLO EN PHILE LLAMADO VULGARMENTE TÁLAMO DE FARAON.

de Girgeh, que por la disposición de su planta y sus medidas se parece mucho al anterior, pertenece á la segunda época; solo se diferencia en que antes de la *cella* ó templo propiamente dicho, hay una especie de patio rodeado de pórticos, y la puerta está flanqueada por dos pilones, afectando los pilares no ya la forma cuadrada del anterior, sino la curva del cilindro aunque imperfecta. En los monumentos de la tercera época, se encuentran constantemente los pilones sirviendo de fachada, y grandes patios rodeados de pórticos, precediendo al santuario, cuyo recinto sagrado señalan largas calles de colosales esfinges ó carneros, simbolizando muchos de ellos sus divinizados Faraones. El templo de Denderah es uno de los mas importantes ejemplos de este tercer período. — Pero donde con mayor fruto y mas motivo de admiración puede estudiarse el arte egipcio, es en los restos de la famosa Tebas; esa ciudad ante la cual detuvo su devastador incendio Cambises, y que llenó de admiración veinte y cuatro siglos después al gran coloso que en el pasado abortó la Francia con el nombre de Napoleon.

Tebas, colocada sobre las dos riberas del Nilo, conserva todavía en una y otra orilla importantes monumentos de su grandeza. Del lado del Oeste, los de Mediu, Abnet y Karnu, y en el del Este, los del Luqsor y Karnac. Entre los primeros se encuentra un palacio de dos cuerpos con su entrada de propilones, sus dos pirámides truncadas encerrando la gran puerta que es la

entrada principal, sus patios rodeados de pórticos, y á alguna distancia de él el vastísimo templo, entre cuyas ruinas se descubre hácia el Noroeste una estensa planicie llamada el campo de los colosos, entre los cuales destruidos ó mutilados la mayor parte, se encuentra el famoso de Memnon, notable por el sonido que de él se cuenta producía al salir el sol. El palacio ó tumba de Osimandias, que algunos modernos viajeros llaman el *memnonium*, es otra de las mas nombradas ruinas del lado del Oeste; y entre los restos de los grandes colosos de asperon que conservaba, la cabeza de uno de ellos que aun subsiste, es quizás la mas importante obra del arte egipcio, pues en ella se ve, que sin embargo del estrecho círculo en que la religion y la manera de ser de aquel pueblo dejaban á la imaginación del artista, alguna vez lograba representar en sus obras el ideal tipo de la belleza y la expresión del sentimiento. Tal es la calma llena de gracia que se encuentra en aquella fisonomía feliz, mas agradable que la misma hermosura según el dicho de un escritor contemporáneo.

Pero donde se ve en toda su grandeza y majestuosa pompa el arte egipcio, es en los templos de Luqsor y de Karnac, de los cuales vamos á permitirnos para dar una idea de su importancia, transcribir la magnífica descripción que de él hace á grandes rasgos, el nunca bastante enaltecido Cantú. «En Karnac, aldea situada al Norte de Luqsor, se despliega toda la magnificencia de

los Faraones. Se llega al gran templo cuya fachada da sobre el rio por un paseo de mil veinte y seis toesas, flanqueado en otro tiempo por seiscientos esfinges y majestuosos propileos guarnecidos de estatuas. Guían estos á un patio de ciento cinco metros de largo por ochenta y dos de ancho, en cuyo centro hay dos filas de seis columnas de veinte y tres metros de altura y tres de diámetro, y á ambos lados se extiende una galería cubierta sostenida por diez y ocho columnas. Al fin del primer patio otra columnata conduce á la sala hipostila, de ciento cinco metros de anchura y la mitad de largo, cuyo techo está apoyado en doce columnas de veinte y tres metros de altura, y en ciento veinte y dos menores distribuidas en siete filas.

Una tercera columnata, mas allá de la cual hay dos gigantescos obeliscos, conduce á otra mas pequeña y esta á un peristilo oblongo, rodeado de pilastras cariátides y con otros dos obeliscos. La quinta columnata guía á un patio menor, desde donde otra se dirige á los aposentos de granito, ó sea el santuario, dividido en dos salas y precedido de un vestíbulo con dos obeliscos. Agréguese á todo esto, columnas poligonales, colosales estatuas, galerías de doscientos setenta y cinco metros de longitud, y mas allá aun el monumento elevado por Tutmosis, con una sala rodeada de treinta y dos pilastras, teniendo en el centro veinte columnas en dos filas y otras muchas dependencias menores, y se tendrá una

idea de
Osorta
efecto
sus pi



LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

idea de estas obras de siglos distantes entre sí desde Osortacen, contemporáneo de José, hasta Tiberio. En efecto, los templos egipcios lo mismo que sus palacios y sus pirámides, no se terminaban en un solo reinado,

sino que por el contrario, eran producto de la munificencia de muchos monarcas y de los esfuerzos de muchas generaciones, sin embargo de que agitándose todo aquel pueblo de trabajadores bajo el temible azote de sus reyes

y sus sacerdotes, realizasen mas pronto que hoy podemos concebirlo aquellas obras colosales de arte, pues segun la feliz expresion de un escritor italiano, rivalizaban unos y otros en ejecutar obras grandiosas, ó lo que es lo mismo,

EJERCITO ESPAÑOL.



Capitan de Coraceros.

Húsar.

Carabinero.

Cazador.

Lancero.

En hacer mas infeliz al vulgo trabajador por el sistema que empleó Belzoni para buscar las antigüedades de aquel pueblo, obligando con el palo á los fellahs á que le ayudasen en sus investigaciones. Otros muchos ejemplos de la arquitectura egipcia, aunque bárbaramente mutilados, mas por la mano del hombre que por la del tiempo, nos han transmitido los siglos en la pequeña Apolinópolis, en Tentira, en Abidos, Antinoe, Arsinoe, Buto, Sais, Bubaste, Tanis, y en Philæ, el llamado generalmente tálamo de Faraon, del que como resto de los menos conocidos de aquella arquitectura, damos un fiel grabado á nuestros lectores.

No creemos sin embargo, del buen estado de conservación en que se halla á despecho de sus dos mil años de antigüedad y de lo deleznable de la piedra caliza de que está formado, que ese notable monumento constituyera por sí solo un edificio. Los templos, lo mismo que los palacios entre los egipcios, eran un conjunto de agregaciones y de miembros arquitectónicos de diversas épocas, y en vista de la descripción que acabamos de hacer del templo de Karnak, que con pequeñas variantes, puede adaptarse á todos los de Egipto, juzgamos que dicha notable antigüedad, llamada comunmente tálamo de Faraon, es solo una pequeña parte de alguno de los vestíbulos ó pórticos que componían un vasto templo allí edificado, y que á juzgar por el exíguo resto que conserva, debió ser inludablemente magnífico.

Tales fueron en breve compendio las formas generales de la arquitectura faraónica. Aquella arquitectura, que teniendo grandes puntos de contacto como lo tenían su religión y sus instituciones con las de la India, no puede presentarse sin embargo como su emanación directa, pues mientras el egipcio, es siempre el mismo, siempre idéntico en sus construcciones, el indio las varía, con inagotable fecundidad; la arquitectura del egipcio es geométrica, y la del indio fantástica: una y otra hijas de análogas religiones, pero en las que siendo distintas ciertas ideas capitales, hacían diversas también sus manifestaciones por medio del arte.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

I.

¡Qué es ver al fornido nieto del héroe de Covadonga con un cencerro en la mano, con un hachón en la otra, guiar á la turba multa de carboneros y mozas que por un chico de Arganda formales juran y otorgan que han visto á los Reyes Magos en la puerta de Segovia! (1835.)

No nos proponemos explicar en este artículo el *por qué* de la adoración de los Santos Reyes.

Padres tiene la Iglesia y escritores Es; aña que pueden dejar asazmente satisfecho al lector mas descontentadizo del mundo.

Tampoco nos meteremos en honduras acerca de si vienen voluntariamente ó de real orden.

Ni en si harán su entrada á caballo ó en berlina.

Ni en si han sido ó no saludados á su paso por las ciudades, villas y aldeas que han atravesado para llegar á la corte.

Ni en si tienen ó no tienen opinion política.

Ni en si vienen pobres ó ricos.

Solo una circunstancia importantísima debemos consignar, y es: que ni Gaspar, ni Melchor, ni Baltasar son marroquíes. Dígalos sino el entusiasmo con que Madrid se dispone á recibirlos.

II.

Mil veces lo hemos dicho: Madrid puede ensancharse, alinear sus casas, pulverizar la casa de Tórame-Roque y el teatro de la Cruz.

Puede olvidarse de sus patios de vecindad, de sus tertulias de puerta de calle y de sus bailes de candelil.

Puede renunciar á sus corridas de toros; á ir en calaca á los Carabancheles y á no mirar entre sus mas gallardos y briosos tipos á la provocativa manola; á aquella reina de los barrios bajos, tan majestuosa en el andar, tan insinuante en la mirada, como retrechera y picante en el decir.

Puede aplaudir en el teatro las obscenidades francesas que diariamente los regalan los traductores de afición, y puede en cambio de esto, dormirse ó silvar el famoso cantor de las costumbres madrileñas don Ramon de la Cruz.

Pero lo que Madrid no puede hacer, es borrar del calendario de sus fiestas, su *entierro de la sardina*; sus procesiones del *Dios chico* y del *Dios grande* sus verbenas; su San Isidro; su San Eugenio; su Virgen de Vallecas; su Dos de mayo; sus santos *panecilleros*, ni su día, ó mejor dicho, su víspera de Reyes.

Cada barrio, cada gremio, cada familia, cada individuo, tiene en estos días una ocupacion especial, precisa; una especie de vértigo de festividad que lo transforma, que lo santifica, por decirlo así.

No hay padre ni marido, por gruñones que sean, que se sientan inquietos ni celosos en estos días.

El empujon, el codeo y... son contingencias precisas, actos semi-oficiales de este género de fiestas.

Y es que en tales días los barrios de Curtidores, de San Anton y de Lavapiés, caen con todo su alboroto y su bulla tradicional sobre el Madrid moderno; es que la guitarra de Perico el Ciego, eco de los trovadores del Campillo de Manuela, hace despertar los dormidos manes de los Curos y de las señoras Pepas; es que nuestra policía de hoy, se causa de estar mano sobre mano haciendo el oficio de guardacantones, y pugna por que tornen los jaleos y las canorras de antaño; es en fin, que Madrid, agoviado bajo el peso del ridículo tono de nuestros días, acude adonde quiera que le llamen, deseoso siempre de la tradicional franqueza de sus alegres costumbres.

Vedlo sino.

III.

Es el día 5 de enero.

El sol acaba de acostarse sobre la espalda fria del Guadarrama.

El sereno, puesto de pié sobre su trono, derrama á manos llenas los *infinitesimales* rayos de luz que nos regala el ayuntamiento.

Eran las siete de la noche.

Las modistas dejan sus obradores para tomar el brazo del que las espera en la calle.

Los cafés abren las puertas á sus impacientes parroquianos.

Las tahonas, notadlo bien, las tahonas y las carbonerías quedan en el silencio mas profundo.

Los mozos de cuerda han abandonado sus esquinas predilectas.

Las cocineras, las amas de leche y las niñeras empiezan á entreabrir las maderas de los balcones.

Varios grupos de hombres tiznados de carbon, empolvados de harina y cruzado el pecho de cuerdas, empiezan á diseminarse misteriosamente por todos los ángulos de la corte, desde la calle del Aguila á la de la Palma, desde la de San Juan á la Cuesta de la Ve.a.

No hay fuente ni puesto de vino donde no se paren á remojar la palabra: esto indica que arden en deseos de ser oídos.

De pronto cien hachones encendidos dan color, vida y fisonomía á tan imponentes grupos.

Son dos mil hijos de Pravia y de Piloña que, armados de cencerros, de cuernos y de escaleras, salen á esperar á los Reyes Magos.

¡Ah! ¡quién pudiera describir el entusiasmo con que se lanzan á la carrera en busca de las calles y plazas mas concurridas! Desde este momento Madrid no se pertenece á sí propio.

El zumbido del cencerro lo saca de sus casillas, y aturdido, confundido entre los principales actores de este escándalo de fiesta, va, viene, chilla, salta, gruñe, y alborota ni mas ni menos que pudiera hacerlo el Madrid de hace cien años.

—¿Por dónde vienen?—pregunta la desahogada turba á un maruso que encaramado en el último peldaño de la escalera, mira hácia el poniente por un enorme cuerno que le sirve de antejo.

—Por la puerta de Atocha,—responde el del catalejo.

—¿Cuántos vienen?

—Mas de cinco.

—¿Esu es cierto?

—Esperad, que tengo para mí que dos de los Magos son hembras.

—Pus ¿á ellas! ¡á ellas!...

Los gritos mas desaforados, los brincos y las coeces mas violentas, y los cencerros mas estupendos, suceden á tan inesperada declaración.

Y se repiten las carreras, y los tropezones, y los abullidos. Y cada calle, cada plazuela es sorprendida, asaltada, invadida, por un nuevo escuadron de tahoneros, mozos de esquina y carboneros que se disputan la gloria de ser los primeros en anunciar la puerta por donde han de hacer su entrada los regios huéspedes.

Tres horas despues, la escena cambia por completo.

El fornido astur que ha podido volver á su casa, se acurruca en su camastro desesperado de no haber podido hacer sonar su caracola delante de sus magestades majas.

Entre tanto el resto de la alegre comitiva suele pasar la noche en brazos de su madre adoptiva, la tierra, hasta que la escoba de los barrenderos viene á sacarlos de tan dulce éxtasis.

IV.

No es, á pesar de lo que llevamos dicho, la venida de los Reyes Magos la fiesta popular que mas encarnada está en las costumbres de Madrid.

Los madrileños, por mas que gocen y se animen en ella, no suelen cargar nunca con la escalera ni con el hachón: beben y gritan como los que mas, pero son

muy pocos ó ninguno los que creen en la venida de los Reyes.

Sin embargo, es tradicional en Madrid que en la calle de Regueros vivía un señor Juan, hombre nacido y criado en la villa del oso y del madroño, de quien nunca tuvieron que decir sus amigos y comadres: —por ahí te pudras;—ni de quien se contó jamás que faltase á las cuarenta horas ni á una corrida de toros.

Era el señor Juan rechoncho de cuerpo y grave en el decir; zapatero de portal acreditado y hombre que jamás probaba el vino como no se lo diesen en redoma de pito.

Inclinado como nadie á cumplir fiel y exactamente con los deberes que le imponía su profesion, jamás tomó medida de un par de zapatos á una mujer, sin hincar antes la rodilla en tierra y sin montarse los anteojos, á fin de poder apreciar en toda su estension la pierna del pié que iba á calzar.

Pues bien, este predilecto adorador de San Crispín, tuvo por espacio de mas de cuarenta años la honrosa distincion de llevar la escalera siempre que se trataba de salir á esperar á los Reyes.

Creyente resignado, cargaba con su cruz desde un extremo al otro de la villa, y es histórico que nunca se le antojó poner en tela de juicio la llegada de tales señores.

Trotaba, corria detrás de sus compañeros, y segun que menudeaban los brindis, así se veía al señor Juan mas remozado y animoso.

Al día siguiente el rechoncho zapatero aparecía solo, desenajado y triste debajo de la escalera.

El sereno, que por compasion habia velado su sueño durante las últimas horas de la noche, le decia:

—Señor Juan, han pasado por encima de V. y no los ha sentido.

—Anda, que lo mismo me sucedió el año pasado,—replícalo el señor Juan; y, cargando con la escalera, tomaba el camino de su portal, donde pasaba todo el año remendando botas y haciendo votos porque sus vecinos no le usurpasen su puesto en la venida de los Reyes Magos.

JOSÉ JOAQUIN VILLANUEVA.

DEL AGUA TOFANA.

Entre los diversos venenos célebres, cuyo nombre ha quedado impreso con indeleble huella en la memoria de las gentes y en los anales del crimen, de ninguno se conserva un recuerdo tan misterioso y una idea tan oscura como del agua tofana. Pocas serán las personas que no hayan oído hablar de ella alguna vez en su vida; pero casi nadie ha podido todavía entresacar la verdad de los mil rumores, anécdotas y sombríos detalles con que ha llegado hasta nosotros su lúgubre renombre. Ya en nuestros días la ciencia toxicológica, que de tantos secretos ha descorrido el velo, puede dar buena cuenta de muchos de esos absurdos, y sacar de los hechos históricos deducciones que se ocultaron á la ignorancia de otros tiempos. Vamos, pues, á ofrecer á los lectores de El Museo la historia imparcial de aquel tósigo terrible, y el juicio de él formado por la ciencia.

A mediados del siglo XVII fue, al parecer, cuando una mujer, conocida por el nombre de la Toffana ó la Toffanina, natural de Palermo de Sicilia, comenzó á distribuir en Nápoles ciertas redomitas con el rótulo de *agua de San Nicolás de Bari* en un lado y la efigie de este santo en el otro, llenas de un líquido parecido al agua, que se suponía manar del mismo sepulcro del santo. Conociósele al principio con el nombre de *acqua di San Nicola di Bari*, y luego indistintamente con los de *acqua toffana*, *acquaeta*, *acqua della Toffana* y *acqua di Napoli*. La Toffana solía repartir sus redomitas gratis, principalmente á las mujeres cansadas de sus maridos; pero aceptaba limosnas para el culto del santo. Tan infernal industria fue importada luego de Nápoles á Roma. Una vieja siciliana, Gerónima Spara, poseedora del secreto de la Toffana, formó una asociacion mujerial dedicada á distribuir el veneno entre las esposas que deseaban sacudir el yugo de sus maridos. «Las atroces consecuencias de esta sorda matanza, dice Artaud de Montor en su Historia de los pontífices romanos, llamaron vivamente la atención del gobierno. Una mujer que acababa de envenenar á su marido, vencida por los remordimientos, descubrió el complot, y todas las afiliadas en número de cuarenta, llevadas ante un tribunal, sufrieron el tormento. La Spara, que habia ya antes logrado disculparse cuantas veces habia sido acusada, se negó siempre á confesar su culpa; pero ella y su ayudante la Gratiana perecieron en la horca. Alejandro VII espidió con tal motivo edictos en que prohibía severamente el uso y la venta de venenos.»

Por este tiempo, dos italianos, llamado uno de ellos Exili, y un boticario alemán, llamado Glazer, que se habian arruinado en busca de la piedra filosofal y haciendo tentativas para fabricar oro, adquirieron al parecer el secreto de la Toffana, cosa fácil para ellos amañados ya en la práctica del laboratorio, y se trasladaron á París con el fin de explotar allí su terrible habilidad en el arte química. La perversidad mas refinada se hermanaba á veces en aquella época con el temor religioso.

Circularon rumores siniestros entre las gentes, y el penitenciario mayor recibió en el secreto de la confesión horribles revelaciones, á consecuencia de las cuales la justicia se apoderó de los dos italianos, que fueron encerrados en la Bastilla, donde acabó sus días Exili. Empezaron muy pronto los crímenes de la Brinvilliers y una progresión tan espantosa de envenenamientos, que para conocer de ellos hubo de crearse un tribunal especial, denominado por su objeto: *la chambre des poisons*.

Volviendo á la Toffana, inventora ostensible del veneno, no es posible asegurar qué suerte le estuvo reservada: tantas y tan opuestas son las versiones que acerca de ella nos dan los escritores contemporáneos. Hasta 1709 no llegó á oídos del virrey de Nápoles el execrable comercio á que esta mujer se dedicaba. Trató entonces la Toffana de ocultarse, mudando con frecuencia de guarida; mas descubierta al cabo en un convento, fue conducida al castillo de L'Uoro. Cuentan que el cardenal Pignatelli, indignado al saber la violación del sagrado recinto, amenazó con la excomunión á la ciudad, sino le era inmediatamente entregada la culpada; y que habiendo el virrey hecho esparcir la voz de que aquella mujer y sus cómplices intentaban envenenar las fuentes y las frutas del mercado, enfurecido el pueblo vino gritando á exigir el castigo de la envenenadora, y esta fue estrangulada en la misma cárcel y su cadáver llevado de noche al patio del convento. Contra esta versión están, sin embargo, Garélli, que en su carta á Hoffmann, mas adelante transcrita, asegura que aun entonces (1718) la Toffana existía en las cárceles de Nápoles; y Keysler, que habiendo visitado á esta ciudad en 1730, cuenta que la envenenadora seguía sepultada en una cárcel, adonde ningún forastero dejaba de acudir á visitarla. Mas verosímil es que por influencia de la cofradía ó hermandad, á que pertenecía, lograra la Toffana salvarse del suplicio, trocando la muerte por un encierro perpetuo. Parece, á lo menos, indudable que sufrió el tormento.

El veneno de la Toffana era un líquido trasparente, cristalino como el agua mas pura, sin olor ni sabor. Cinco ó seis gotas de él causaban una alteración profunda en la salud, que terminaba mas ó menos lentamente con la existencia del individuo, sin dar lugar á esos síntomas repentinos, violentos y aterradores que generalmente caracterizan á los envenenamientos.

Erizanse los cabellos ante el relato de los estragos atribuidos al agua tofana. Mas de seiscientas personas, se dice que sucumbieron por ella. Gmelin le atribuye mas víctimas solo en Nápoles y Roma que á la peste reinante por aquel tiempo en ambas ciudades. Hoffmann y Garélli ponderan tambien en sumo grado el número de los que perecieron por la *acqua tofana*; y el célebre historiador de Luis XIV y de su siglo señala y lamenta como una mancha en el brillo de esa gloriosa época, la introducción en Francia de los venenos italianos, origen de tan larga serie de crímenes.

Acercas de la naturaleza, procedencia y acción del agua tofana fueron varias las opiniones, á cual mas extravagantes, fácilmente acogidas por la credulidad de las gentes, en época en que la ciencia toxicológica estaba aun aguardando el impulso creador de Orfila.

El abate Galiani consideraba el agua tofana como una mezcla de cantáridas y opio. Ersted atribuía sus virtudes al plomo; pero ninguna de estas sustancias puede producir una disolución con las propiedades referidas. Halle afirmaba con pasmosa seguridad, que en esta composición venenosa entraba cierta cantidad de la baba helada desprendida de los labios de los reos que morían en el tormento. Segun otros, en errábase un cerdo y se le mezclaba diariamente una corta porción de arsénico con los alimentos. A los tres meses el animal, aniquilado ya lentamente, derramaba por la boca una especie de baba espumosa, y esta era el agua tofana.

Hay ya nadie puede dar crédito á tan extravagantes absurdos. La única opinión aceptable es la de Garélli, famoso médico del emperador Leopoldo y casi testigo de los hechos á que se refiere. La siguiente carta dirigida por él á Hoffmann y que aparece en las obras de este, ofrece datos verdaderamente irrecusables. Dice así: *Occasione elegantis tux dissertationis de erroribus circa venena, in mentem venit quoddam lentum venenum quo famosa venefici in carceribus napolitanis adhuc vivens, in sexcentorum peritum usa est. Hoc vero nihil aliud est quam arsenicum crystallinum in largi aque copia per simplicem decoctionem solutum, addita, nescio in quen finem, cymbalaria herba. Hoc mihi communicabil augustissimus imperator, cui transmissus est processus criminalis, propria venefice confessione confirmatus. Aqua voco vulgari idiomate Napolitano Aqua della Toffana appellatur. Certissime interficit, et plurimi hoc veneno occubuerunt.* Segun esto, pues, el veneno de la Toffana consistía en una disolución fuerte de ácido arsenioso, en la cual se mezclaba tambien el zumo de una planta inocente el *Antirrhinum cymbalaria*. Segun Flandin, era tambien arsénico el famoso veneno de los Borgia, antecesor del agua tofana. Las indagaciones hechas en París con motivo de los ruidosos procesos entablados contra madama Voisin, la marquesa de Brinvilliers, Sainte Croix, Glazzer y otros cómplices, descubrieron arsénico y ademas sublimado corrosivo; usándose al parecer de una ú otra

de estas sustancias venenosas segun los casos y las intenciones.

Explicase fácilmente por qué el arsénico era en esa época, y aun antes, el veneno mas usado y conocido. La alquimia, arte de transmutar los metales, se habia propuesto resolver el problema de la fabricación del oro, y sus locas tentativas se dirigieron á analizar y transformar dos compuestos arsenicales cuyo aspecto revelaba cierta analogía con el codiciado metal. Tales eran: el oropimente ó arsénico sulfurado amarillo y el rejalgar, arsénico rojo, oropimente rojo ú rubina de arsénico; formados uno y otro de azulre y arsénico en distintas proporciones y existentes en algunos filones metalíferos y en los productos volcánicos. Bien sabida es la vulgar significación que ya de antiguo tiene el rejalgar entre nosotros: darle á uno rejalgar es darle una cosa muy mala. Segun cuenta Plinio, tratando el emperador Calígula de hacer oro, echó mano de una preparación arsenical, pero abandonó luego su trabajo porque era superior á la utilidad. Es de suponer que los primeros alquimistas que manejaron estas dos peligrosas sustancias, aprendieran muy á su costa con qué clase de cuerpos se las habian, y esta terrible enseñanza abrió naturalmente al crimen un camino mas seguro.

En la época de los referidos sucesos, ya los anales de todos los pueblos, y muy especialmente los de Italia, guardaban el secreto de innumerables envenenamientos, tanto mas criminales, cuanto mas segura impunidad les prometía el linaje de los envenenadores; pero en el siglo XVI el vuelo que empezó á tomar la química prestó á estos mas abundantes recursos. Véase á los magnates atizar la abyecta codicia de algunos alquimistas, que á vuestras de fabricar oro y buscar la piedra filosofal, estudiaban el modo de preparar á gusto de sus señores toda clase de breveres ponzoñosos. Por otra parte, tales ideas dominaban en las regiones palaciegas, que, aunque asombró el pensarlo, podían los fabricantes de venenos deditarse en ciertos casos con toda tranquilidad de espíritu á sus terribles manipulaciones bajo el amparo de una voluntad soberana. Para muestra, aun cuando parezca digresión en este sitio, nada hay mas característico ni curioso que la carta de fray Diego de Chaves al católico rey de las Españas don Felipe II, de quien era confesor, escrita algun tiempo despues y con motivo de la muerte violenta del ministro Escobedo. En esta carta tal como se encuentra en las Relaciones de Antonio Perez, secretario privado de aquel rey, dice fray Diego entre otras cosas lo siguiente: «Segun lo que yo entiendo de las leyes, el príncipe sealar que tiene poder sobre la vida de sus súbditos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos; pues la orden en lo demás y «tela de los juicios es natural por sus leyes, en las cuales él mismo puede dispensar; y cuando él tenga alguna culpa en proceder sin orden, no la tiene el vasallo que por su mandado matase á otro que tambien fuese vasallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acciones de príncipe supremo; y sino hay culpa, no puede haber pena ni castigo.»

¡Cuántas veces se habrá empapado la tierra en sangre, cuantas copias de veneno se habrán apurado por esta singular jurisprudencia! Pero volvamos al agua tofana.

Segun datos auténticos, este tósigo producía diversos trastornos en las funciones digestivas: desaparecía gradualmente el apetito y era reemplazado por una sel abrasadora, inextinguible, y el individuo caía en un abatimiento tal y sentía un disgusto tan invencible ó tedio de la vida, que todo cuanto le rodeaba le era indiferente, sucumbiendo al fin por aniquilamiento ó consunción. Han creído algunos que la Toffana sabía y precedía á veces hasta el instante mismo de la muerte; pero esto no es ya admirable. Si algo pudo saber la envenenadora, á fuerza de tiempo y experiencia, se la duración común de la lenta agonía de sus víctimas; y el vulgo, aficionado siempre á lo maravilloso, dió mucha importancia á esa aparente adivinación ó presciencia.

A lo de que el agua tofana producía un envenenamiento lento por el arsénico, pudiera tal vez presentarse como objeción el hecho de los *arsenicofagos* existentes en diferentes puntos de Alemania y entre los habitantes de las montañas que separan el Austria y la Estiria de la Hungría. Estos atrevidos montañeses comienzan por tomarse cosa de medio grano de arsénico varias veces á la semana, sin pasar de esta cantidad hasta habituarse á ella por algun tiempo. Aumentan luego gradualmente y con mucho tiento la dosis, hasta llegar á la que les permite su respectiva fuerza orgánica. El objeto que con esto se proponen, es adquirir vigor, agilidad para trepar por las montañas, buen color y un aspecto en fin de salud tan floreciente que encanta en realidad. Tales son los efectos que experimentan los arsenicofagos, y de los cuales se ha hecho uso tambien en beneficio de los animales y principalmente de los caballos.

Pero el peligro de la arsenicofagia no está en ella misma, ni se echa de ver hasta el momento en que voluntaria ó forzosamente, cesa el sugeto de tomar arsénico. El cuadro de síntomas que entonces se desarrolla es el siguiente: malestar general, grande é inesplicable; estrema indiferencia para todas las cosas; ansiedad, trastorno en la digestión, inapetencia, sensación, de pleni-

tud en el estómago, vómitos, salivación y dificultad de respirar. El único medio de cortar la marcha de estos síntomas, es volver inmediatamente al uso del arsénico: la muerte es sino su desenlace inevitable.

Há ahí, pues, lo que con el agua tofana acontecía, salvo la diferencia de la mayor dosis y de la forma en que era propinada la preparación arsenical. Sabido es que un veneno obra con tanta mas rapidez y energía, cuanto mas disgregadas están sus moléculas, y es por eso mas activo en disolución perfecta que en sustancia. La Toffana daba en sus redomitas una disolución mas ó menos fuerte de ácido arsenioso hecha á temperatura elevada, y la primera cantidad que recibían sus víctimas, sería sin duda mucho mas crecida que la que acostumbra los toxicofagos y mucho mas sutil. Sino causaba la muerte repentina, constituía al sugeto en un estado precario, que nuevas dosis venían á agravar y á conducir á una terminación funesta, que era atribuida, sin sospecha alguna muchas veces, á una indisposición común. Podía administrarse el agua tofana de diversos modos y en dosis mas ó menos crecidas, segun que se deseaban efectos rápidos ó lentos. El doctor Bransalatti creía haber descubierto el antídoto del terrible veneno; pero ninguno de sus remedios tenia efecto, como no se administrasen inmediatamente despues de apurado el tósigo. Bien puede suponerse que siendo apenas conocida la naturaleza del agua tofana, era punto menos que imposible hallar un antídoto contra ella.

Fácil nos sería ahora entrar en la crónica, que pudiera llamarse escandalosa, del agua tofana; pero nos es repugnante divulgar hechos, cuya realidad no está comprobada, y que á ser ciertos, infamarían el nombre de las clases, instituciones y personas á que se refieren. Empezaremos por negar que la Toffana perteneciese, como se ha dicho, á una de las familias mas distinguidas de Italia: todos sus historiadores la presentan como una mujer del pueblo, instrumento tal vez de ocultos y poderosos criminales. Carecen igualmente de fundamento las versiones que atribuyen el manejo de la terrible agua á personajes determinados, á ciertos institutos religiosos ó á las sociedades secretas. No es de creer, sin embargo, que un veneno con tan refinado arte y con tanta malicia preparado, cuyos efectos se ocultaban tan fácilmente bajo la apariencia de una enfermedad ordinaria, sirviese solo para satisfacer la sensualidad ó la venganza de unas cuantas napolitanas y romanas. Las ambiciones y los odios políticos, las intrigas palaciegas fueron sin duda las que proporcionaron mas víctimas al agua tofana, y la formaron esa lúgubre celebridad que acompaña á su nombre.

I. OLIVER Y BRICHFEUS.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

II.

LA PANTERA.—LA HENA.—EL JABALÍ.

La pantera, ó gran pantera del Africa, llamada por los griegos *pardalis* y por los latinos modernos *leopardus*, es otro de los animales temibles y poderosos que se albergan en los bosques y las montañas de la Argelia, de Tunez y de Fez. Su longitud es algunas veces mayor de seis piés y medio.

La piel de este animal es de color leonado mas oscuro por los lomos, y menos, casi blanquecinos por el vientre. El todo de su piel, como sabemos, está cubierto de manchas negras, en forma de anillos.

La pantera se confunde generalmente con el leopardo, animal de la misma especie que aquella, pero cuyo color es mas brillante y hermoso.

Uno y otro son de aspecto fiero al par que receloso; su mirada es inquieta, y rápidos sus movimientos.

Generalmente se alimenta la pantera con animales mas débiles que ella, á los cuales sorprende en medio de los bosques mas sombríos, donde generalmente se establece.

El rugido de la pantera es muy semejante al ladrido de un perro furioso, ó al relincho de un mulo.

En Africa, sin embargo, se encuentra la pantera, muy cerca del litoral, entre este y las primeras montañas.

Dos son las especies dominantes; muy parecidas en la forma y el color del pelo; pero la mayor de ellas adquiere casi las dimensiones de una leona regular.

La otra es una tercera parte mas pequeña.

Animal esencialmente cazador, tiene toda la astucia del gato. Aunque al parecer tiene gran analogía con el león, difiere absolutamente de él tanto por su carácter cuanto por sus costumbres.

La pantera, segun hemos dicho, se alimenta con el producto de sus cacerías; teme salir del bosque, aun durante la noche y cuando no consigue dar muerte á un jabalí, á un chacal ó una liebre, contentase con un conejo ó una perdiz.

Ocurre á veces que la pantera, discurriendo por entre la espesura, olfatea algun carnero ó terrera, que separándose imprudentemente de la manada, se aproxima á las lindes del bosque.

La pantera sigue al inofensivo animal con una mirada constante y sombría, se acerca lenta y silenciosamente

á él, merced á los mas cautelosos movimientos, y despues, en un momento dado, cae de improviso sobre su víctima, con uno ó dos saltos enormes y la degüella con su poderosa garra.

Satisfecha su hambre, se apodera de los restos palpitantes y sangrientos de su festin, y con una agilidad y precision sorprendente, trepa con ellos á un copudo árbol y deposita en sus ramas aquellas provisiones, que por este medio quedan á cubierto de la voracidad del lobo, de las hienas, chacales y otros animales carniceros.

Pero el objeto predilecto de su saña es el puerco-espín.

La pantera, que elige para guarida los sitios mas empinados y cubiertos de vegetacion, especialmente si son inaccesibles al leon, su mas temido enemigo, encuentra frecuentemente en su vecindad al puerco-espín, que generalmente anida en los accidentes de las rocas.

Sábese que el puerco-espín, especialmente el de Africa, tiene todo el cuerpo, escepto su diminuta cabeza, cubierto de abundantes y largas puas, duras y agudas que nuestras mujeres consideran como un buen antidoto, contra las jaquecas y dolores de cabeza.

Cuando el puerco-espín se ve ó se cree en peligro, oculta la cabeza y queda convertido en una especie de pelota.

Todas aquellas temibles puas, se erizan, y como otras tantas flechas, son despedidas de su cuerpo, bastando para imprimirles un fuerte impulso, un simple movimiento interno y nervioso del animal.

Esta poderosa defensa natural, que generalmente basta á resguardarlos de todos los riesgos, es insuficiente, sin embargo, contra la saña de la pantera.

Su paciencia y su destreza son tales, que colocándose al lado de la guarida del puerco-espín, acecha su salida sin hacer el mas leve movimiento una ó muchas noches; y cuando le ve aparecer, rápida como el pensamiento, salta sobre el descuidado animal, y de un solo salto cae sobre él, al mismo tiempo que un zarpazo de su formidable garra le arranca la cabeza.

La pantera, á pesar de su fuerza y sus temibles medios de ataque, es cobarde.

En vez de atacar al hombre, como el leon, le huye. Tan cierto es esto que ha habido cazador que despues de pasar diez noches acechando á una de ellas, casi tan grande y fuerte como una leona, hubo de renunciar á su proyecto.

La pantera, advirtió la presencia del cazador; encerróse en su caverna y solo de vez en cuando asomaba el hocico para cerciorarse de la presencia de su enemigo.

Cuando este, perdida la paciencia, desistió de su empresa, díjole un pastor que la pantera salia durante las horas de mas calor, llegaba á un sitio determinado del arroyo inmediato, apagaba su sed y volvía á encerrarse.

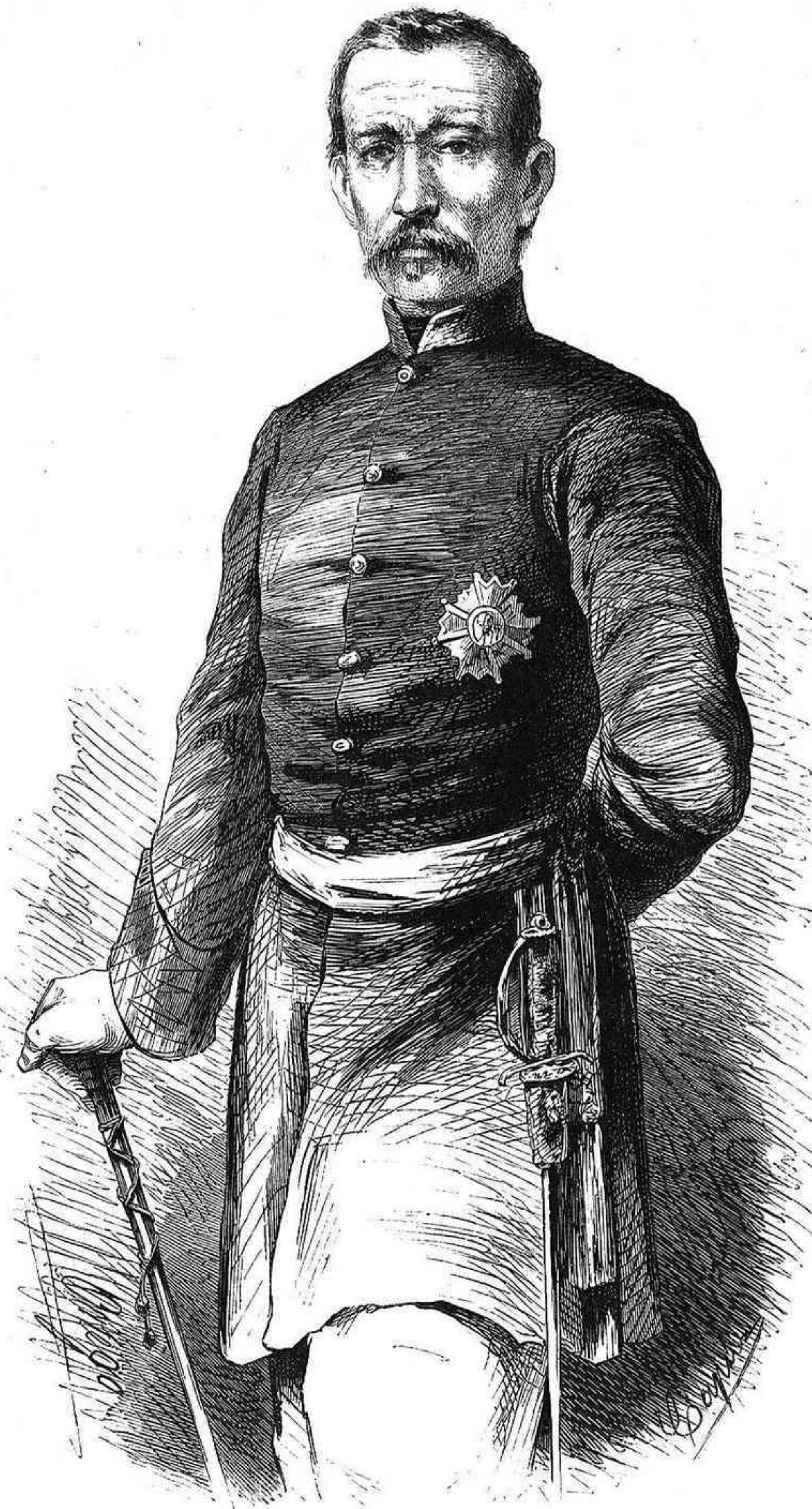
El cazador se apostó detrás de un lentisco, y en efecto, á la hora indicada, se dejó ver la enorme pantera, marchando con mayor cautela y desconfianza que de costumbre.

El cazador, distante de la pantera que no le habia visto, cinco ó seis pasos, apuntó entre el ojo y la oreja é hizo fuego.

La pantera cayó, como herida del rayo, sin lanzar un solo grito. Estaba tan flaca, que el cazador resolvió abrirla y en efecto lo hizo, conociéndose de este modo que el miedo habia sido tan poderoso en aquel animal, que no le habia permitido salir á tomar alimento alguno en las diez noches que duraba su persecucion.

Julio Gerard, en vista del estudio que ha hecho de estos animales, dotados de terribles medios de ataque y defensa, y cuya fuerza muscular les permite luchar ventajosamente con el hombre, cree que su cobardía procede de un vicio de organizacion.

Por consiguiente la pantera es un animal poco, ó casi nada nocivo para los árabes. Por esta razon no le cazan con objeto de esterminarle y si lo hacen alguna vez es como por diversion



EL GENERAL DON ENRIQUE O'DONNELL.

En tal caso lo cazan en batida; á veces en ojeo. Levantado el animal, su muerte es segura, á menos que no encuentre al huir alguna profunda caverna donde guarecerse.

Algunos árabes, sin embargo, que son los que proveen de pieles de este animal los mercados de la Argelia le cazan de un modo ingenioso y que no ofrece el menor riesgo.

Sabida la presencia de una pantera, arrojan una oveja muerta, ó los restos de algun jabalí, en cualquiera de los sitios frecuentados por ella, y le permiten que durante algunas noches se alimente con aquel cebo.

Cuando este se concluye, dejan únicamente un pedazo del tamaño del puño, atado con tres ó cuatro bramantes, cuyas estremidades opuestas están sujetas á los gatillos de otros tantos fusiles, apuntados á aquel lugar, atados á algunas estacas y ocultos cuidadosamente con follaje.

El árabe se aleja del lugar, siéntase delante de la puerta de su tienda, enciende la pipa, y espera fumando que la detonacion le anuncie la muerte de su presa.

La hiena, es el mas cruel y feroz de todos los animales de la Argelia, despues del leon y la pantera.

Su figura es muy parecida á la del perro y sus dimensiones suelen llegar á mas de cinco pies.

La extrema inflexibilidad de sus patas traseras es causa de que la hiena aparezca mas baja de la parte posterior que de la anterior.

Tiene cuatro dedos, armados de gruesas, fuertes y aceradas uñas en cada zarpa; doce dientes incisivos, cuatro caninos y diez molares en cada mandíbula; la mirada opaca, sombría y los ojos muy salientes: el hocico es redondeado, grueso y corto.

Los antiguos la confundieron con el chacal, el gloton

y el gato de Algalia, por sus instintos igualmente feroces y por su ansia de comer carnes corrompidas.

La rigidez de su cuello le obliga á volver todo el cuerpo cuando quiere mirar á un lado ó atrás, como sucede al cerdo y al cocodrilo.

La cola de la hiena suele tener veinte pulgadas de longitud. Su pelo es pardo con marcado viso rojizo, negruzco en la frente y entrecejo y blanquico por la parte inferior del cuello y del vientre.

Tiene la piel manchada de negro; negruzcas son tambien sus patas y la mitad inferior de la cola. A los lados del cuello tiene dos rayas del mismo color.

El pelo es muy largo, menos áspero que la cara y le cuelga por los costados; algunos miden una cuarta.

Los árabes, esencialmente bravos, intrépidos en todas ocasiones y que solo temen al señor de la cabeza grande (el leon, al cual ha dado Dios, dicen, la voz del trueno, desprecian la hiena y desdeñan el cazarla.

Reina entre ellos la costumbre de pintar sus uñas, las de sus mujeres é hijos, asi como las crines, cola y patas de sus corceles, con un hermoso color rojo, que llaman *henne*.

Pues bien, el árabe que sorprende á una hiena en su agujero, agarra un puñado de excremento de vaca y presentándosele le dice con mofa: ven, quiero embellecerte con *henne*.

La hiena alarga una mano á ella el árabe, la saca del agujero, la ata y la entrega á las mujeres y los chiquillos, que la entierran viva ó la emparedan en algun agujero.

Un europeo, sorprendió á una hiena en su escondrijo; inmediatamente abandona su caballo tira del sable y lo clava hasta la empuñadura en el pecho del animal, que procuraba evitar su muerte, mordiendo la punta de la hoja del arma.

Al llegar á aquel sitio los árabes que acompañaban al europeo, retrocedieron ante la ensangrentada arma.

—Rompe ese sable y no vuelvas á servirte de él, le dijeron se ha teñido en sangre traidora y te hará traicion.

La hiena se oculta en los matorrales mas espesos y distantes de los aduares de los árabes; y durante la noche sale, con su compañera, pues nunca se encuentra sola, y discurre alrededor de los cementerios, que entre los árabes no están guarecidos con tapias ni vallados.

(Se continuará).

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El dinero da á las gentes conocidos y parientes.

ANUNCIO.

ALMANAQUE LITERARIO DEL MUSEO UNIVERSAL para el año 1860, escrito por Palacio, Viedma, Soler, Selgas, Villanueva, Ynsa, Alarcon, Muller, Campoamor, Ramirez, Harcebusch, Cazorro, Rodrigo, Llorente, Campodon, Ventura de la Vega, Ayala, Gasset, Murguía, Carolina Coronado, Dacarrete, Carreras y Gonzalez Lago, Polo, Madrazo, Puente y Brañas, etc.

Los señores suscritores por todo el año lo reciben gratis al tiempo de hacer la suscripcion.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG. EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

NÚ
ron d
gener
mirab
traron
fuerza
de to
sin en
dos, c
ejérci
fendid
que n
El 10
otro l
una p
de var
al ene
de inf
tropas
bayon
refugi
ban nu
distan
dos leg
mezcl
larga c
habrá